

Eugenio Imaz: el fondo espiritual de un pensador

Iñaki ADÚRIZ OYARBIDE

La ponencia que sobre el filósofo y traductor Eugenio Imaz (San Sebastián, 1900-Veracruz, 1951) impartí hace ya seis años en la Universidad del País Vasco¹ me sirve para subrayar de nuevo, ahora que se cumple el centenario de su nacimiento, uno de los que entonces consideré –y sigo considerando– como plano central de su pensamiento y de su biografía, algo que, en este autor, siempre hemos de tener en cuenta si lo hemos de leer, analizar o estudiar. Me refiero a una especie de “impronta delirante” manifestada en el contexto filosófico-republicano del primer tercio de siglo, tendencia que, incluso, le destaca de entre sus compañeros y compañeras que, con posterioridad, conoce mientras comparte con ellos vida y tareas en el exilio obligatorio impuesto tras la última guerra civil española.

En efecto, casi como una premonición, el filósofo guipuzcoano nace al poco de iniciarse este apasionante y descorazonador siglo XX –el 14 de junio de 1900–, en la Parte Vieja de la capital costera de San Sebastián, en un lugar muy cercano a su puerto marítimo y al mar, y fallece cuando transcurre sólo medio siglo de existencia –el 28 de enero de 1951–, también próximo al mar místico y “contemplado” por él y por sus amigos poetas, en el puerto mexicano de Veracruz.

La hecatombe del éxodo que origina la guerra es la causa principal de esa muerte distante y lejana, distancia difícil de soportar desde un punto de vista

¹ “Trayectoria vital y trasfondo cultural de un pensador”, impartida el 27 de agosto de 1994 dentro del Curso sobre *Filósofos vascos*.

ánimico e insuperable al comienzo de la década de los cincuenta para alguien que, como él, defiende la idea republicana de una manera vehemente y espiritual.

Las palabras del filósofo gijonés, y orteguiano, José Gaos, señalan esa actitud que embarga al pensador donostiarra: “Fiel a tales ideas, a tales convicciones –se refiere al intelectual que toma partido en épocas de crisis–, Imaz figura a la cabeza entre los españoles que sintieron y sienten con más intensidad su guerra y se esforzaron y siguen esforzándose por pensarla con más honradez y públicamente”². Casi de una forma parecida se expresa José Luis Abellán –uno de los pocos estudiosos de las ideas que, en 1967, dieciséis años después de la muerte de E. Imaz, se hace eco de su obra y de su pensamiento³–, al hacer hincapié en la identificación de la propia vida del filósofo con el sentido liberador de la guerra y resaltar lo que este mismo viene a decir en uno de sus más peculiares trabajos⁴: que la guerra civil española era consecuencia del “delirio español” que se venía sufriendo desde la Restauración borbónica de 1874 y que, intelectualmente hablando, esta especie de “devanadera” había sido asimilada a la perfección por buena parte de los miembros de la llamada Generación del 98.

La “constelación de delirantes” formada por los Unamuno, los Maeztu, los Ganivet e, incluso, por los Ortega y Gasset, adopta para explicar el sentido de la realidad española –el denominado “problema de España”–, el Mito del Quijote y en torno a él esa generación “describe su desorbitada trayectoria” sin encontrar asiento en la tierra: parece que –según E. Imaz–, sólo se podría alcanzar éste valiéndose de la propuesta que hace M. de Unamuno en su *Vida de D. Quijote y Sancho* (1905), en el sentido de que tanto desajuste y tanta injusticia, se arreglarían el día que Sancho, muerto su amo, D. Quijote, se hiciera caballero andante y –añade E. Imaz–, el espíritu de D. Quijote se asentara sobre la tierra y los “hijosdalgo” dejaran de “hilvanar” sueños y quimeras absurdos.

Desde el lado republicano–filosófico en el cual se posicionó el pensador

² En el prólogo a la obra póstuma de Eugenio Imaz, *Luz en la caverna. Introducción a la psicología y otros ensayos*, México, ed. FCE, 1951, págs: XIII-XXII.

³ En “Eugenio Imaz: un humanismo en agraz”, trabajo incorporado a su libro *Filosofía Española en América (1936-1966)*, Madrid, ed. Guadarrama, 1967, págs: 229-247 y a la obra de José Angel Ascunce (compilador), *Eugenio Imaz: hombre, obra y pensamiento*, México, ed. FCE, 1990, págs: 191-207.

⁴ El estudio “Delirio español”, publicado en México, *Litoral*, nº 1, julio de 1944, págs. 1-8 y en *Topía y Utopía*, México, ed. Tezontle, 1946, págs: 183-189.

vasco tanto en cuerpo como en espíritu, en donde se consideraba que la República había sacado a la luz los problemas eternamente retenidos de España y en donde se sentía con especial énfasis e interés la literatura poético-filosófica de su gran maestro espiritual, Miguel de Unamuno, la guerra se contemplaba como una de las mejores ocasiones para dramatizar y vivir los sueños y los mitos de sus “mayores”. Era una tragedia catártica y purificadora a causa del trascendental destino que se le había asignado en la historia universal –sacar a la luz la verdad–, y los que combatieron o, de una forma u otra, tomaron parte activa en ella, se veían como los nuevos “sanchos” que, en ese escenario bélico y agónico, deseaban rescatar “el sepulcro de Su Señor D. Quijote”.

Como se ve, aunque desechada la línea delirante de sus mayores, en el fondo no se deja por ello de buscar una interpretación positiva a la misma mitificación. Por lo tanto, pensamiento romántico e ilusionante también, el del filósofo Eugenio Imaz y el de sus amigos poetas: el de José Bergamín –con su “Sancho Panza en el purgatorio”⁵–; el de Juan Larrea –con su Mito del Nuevo Mundo–, y el de León Felipe –con su Quijote como Espíritu de Justicia–. Pensamiento romántico pero positivo en cuanto que es progresista e innovador. Y es que, fuera ya de esta suerte de herencia delirante, el distinto enfoque religioso que adopta el escritor y ensayista donostiarra, al igual que su amigo José Bergamín, ligado a las corrientes católicas renovadoras, espiritualistas y liberales, frente al catolicismo de carácter sublime, trascendental y, en general, que no pisa la tierra, de la mayoría de sus “padres espirituales”, le libera, en cierto modo, de forzados espejismos intelectuales y hace que esa “impronta delirante” sea más humana, más apegada a la tierra y a la acción.

Es necesario aclarar, entonces, que si sufría “delirio” éste no consistía más que en poseer una voluntad expresa de acción, ilusión y ganas de humanizar la vida en oposición a la que poseía la llamada Generación del 98 que, a juicio de su gran amigo en el exilio, José Miranda, “rumiaba con desesperación el ignominioso desenlace de la guerra contra los Estados Unidos y le molestaba que latiera el pulso del país y que tuviera animación, inquietudes y aliento su gente”⁶.

Con todo, cuando el 4 de noviembre de 1950 la Asamblea General de las

⁵ En su libro *El pensamiento perdido*, Madrid, ed. Adra, 1976, págs: 181-196.

⁶ En el artículo “Eugenio Imaz, petición y rendición de cuentas”, de la obra, *Recopilación de artículos y notas sobre la muerte de Eugenio Imaz*, México, ed. ILSA, págs: 17-22.

Naciones Unidas da vía libre al régimen franquista al derogar un acuerdo de 1946 y, como si no hubiera ocurrido nada, la historia oficial se apresta a hacer desaparecer de un plumazo tanto esfuerzo y tanto dolor vertidos en los años precedentes, la situación se hace insoportable y se deteriora, de arriba a abajo, el monumental edificio de la historia y, con él, el sentido de ella.

No es extraño suponer, pues, que los bandazos que iba dando la historia fueran el último eslabón de una cadena de hechos que precipitara su triste desenlace final: una gran desesperanza republicana mecida y acurrucada sobre un lecho, en otro tiempo, de enorme aliento espiritual ligado a la más originaria tradición humanista –de índole platónica–, es el argumento más fiable para explicar su muerte prematura y lamentable en la población marítima de Veracruz.

Nos quedaría entrever ese capítulo de su vida que, desde tan temprano, se configuró en un marco de esperanza y de ilusión por las cosas humanas. El período que va de 1900 a 1939 –año en que se exilia definitivamente a México–, será crucial para explicar las encendidas utopías y luminarias que, al final, por el complicado engranaje de la historia se tornan en topías y en cavernas oscuras y lóbregas.

Por aquel entonces, el campo de las ideas de la ciudad que le vio nacer es más compacto y homogéneo de lo que, a causa de la posterior diáspora y del irremediable exilio, pudiera parecer. Por ejemplo, por vía alemana, en la capital donostiarra se habla y se discute de la Fenomenología de Husserl o de la filosofía de Ortega. Por vía belga y francesa, se comenta y se escribe acerca del “nuevo espíritu” y de la “nueva civilización” que inspiran, a la postre, tantas acciones regeneradoras de cara a la consolidación de la República. En el fondo, subyace un parecido abono de romanticismo e idealismo, religiosidad, humanismo y espiritualismo –a fin de cuentas, de humana luz y esperanza–, que es común a las gentes que, por uno u otro camino, pueden realizar estudios medios o superiores y que habitan las mismas coordenadas históricas vascas, en especial, en sus años de formación, en sus viajes, en sus primeras experiencias reflexivas e intelectuales. Toda una nómina de escritores, pensadores, científicos, filósofos, profesores y humanistas se reúnen en torno a estas preocupaciones⁷.

⁷ Este tema se amplía en mi trabajo, “Eugenio Imaz y sus contemporáneos donostiarras (Apuntes del marco cultural de San Sebastián en las primeras décadas del siglo y de su posterior influencia)”, de José Angel Ascunce (compilador), *Eugenio Imaz: hombre, obra y pensamiento*, México-Madrid-Buenos Aires, FCE, 1990, págs: 17-25.

Semejante savia de carácter humanista y, si además contemplamos esa época desde la atonía postmodernista de la actualidad, tanta ansia de espiritualidad y tanta locura romántica, ¿fue debida –dejando de lado ya esa reminiscencia étnica, ese “fondo espiritual, inquieto y turbulento” común del vasco y esa “aspiración ética” del lombardo que, alguna vez, pudiera apuntar para sí mismo el Pío Baroja de “la raza”⁸–, al coraje que les causaba el estado pusilánime de determinados “padres espirituales noventayochistas” –o novecentistas–, se dio a causa de un catolicismo en que se movía algo y que articulaba buena parte de los puntos neurálgicos de la sociedad vasca de aquel entonces –catolicismo de ascendencia neotomista–, se originó por otra serie de influencias, instituciones, escuelas o corrientes?. Esta cuestión es la que marcará los últimos compases de este breve escrito.

A Eugenio Imaz, por lo tanto, no sólo habrá que comentarlo desde el triste y frustrante prisma del transtierro y de la emigración, si se quiere desde la desesperanza, sino también desde el ángulo de la actividad y de la potencialidad cultural que desplegaba de inmediato como manifestaciones de una personalidad activa y de un espíritu así constituidos a lo largo de su infancia y de su juventud. No en vano desarrolla en los años posteriores a la guerra civil, más o menos una decena de años –los que van del mes de setiembre de 1939, fecha en que llega a México, a enero de 1951, cuando fallece–, una labor considerable –yo diría que colosal–, en el ámbito de la cultura y del saber, sobre todo en el campo del pensamiento y en el de las traducciones⁹.

Fuera de la que podríamos llamar “órbita diltheyana” –ahí está el enorme esfuerzo traductor que hace para dar a conocer el pensamiento de uno de los filósofos más influyentes de comienzos del S. XX, el filósofo alemán Wilhem Dilthey–, cualquier texto que elijamos se caracterizará desde el punto de vista del pensamiento por un deseo de enderezar la dirección de ese “surco o lira espiritual” que antes, a causa de la nombrada Restauración –y con los del 98–, no había hecho más que desviarse –o “delirar espiritualmente”–. “Enderezamiento del surco” que, por cierto, con sus propuestas, había comenzado a realizar la República y que, en un principio, iba a consistir en dejar claro el papel del intelectual –del que toma la acción como Sancho o el pueblo con el espíritu asentado de D. Quijote–, el papel del que posee el ver-

⁸ En concreto, en la novela *La dama errante*, en *Obras completas*, Madrid, ed. Biblioteca Nueva, tomo II, 1963, págs: 229-230.

⁹ Respecto a estas últimas, cualquier bibliografía de este autor dejará claro el esfuerzo literario y titánico que realizó.

dadero conocimiento, en los momentos de crisis, en los momentos en que no se puede estar callado: la obligación de decir la verdad.

Por lo demás, su sentir y su pensamiento guardaban otras querencias, otros deseos que sintonizaban plenamente con lo que se acaba de mencionar. Por ejemplo, nada le era más valioso que su atención a las condiciones de existencia del ser humano —condiciones de supervivencia física y moral y condiciones de las culturas indígenas—, ni tampoco, dentro del ámbito de esta tendencia de carácter humanista, había cosa más querida ni añorada que su deseo de acuerdo y reconciliación —esta nota se observa también en la mitificación del Quijote—, de concordia, de pacto en el “cosmos” para con el fenómeno humano, pacto —o sueño— que se enraiza con las corrientes románticas y espiritualistas alemanas y francófonas.

Sus escritos transparentan, pues, la misión a la que estaba encomendado ya desde hace mucho tiempo. Esa misión laica del intelectual —ejemplificada en la frase, “nosotros somos los verdaderos erasmistas”, del republicano e institucionista Fernando de los Ríos—, destacaba de ese fondo que venimos en llamar “surco espiritual” y que traspasa ya el ámbito noventayochista. De hecho, dicha base había sido cimentada aun antes de la constitución de la II República —1931—, en su juventud, en medio del fragor humanista y espiritualista de la época. Su influencia se vio en el futuro, en primer lugar, al colocarse frente a toda clase de ensoñaciones retóricas —como las que simbolizaban las de los hombres del 98; después, al oponerse con claridad meridiana a los materialismos imperantes y, en concreto, al fascismo en la guerra civil y, por último, al levantarse con su pluma y con su ánimo, en una suerte de casi ejercicio diario, frente al decaimiento y apatía de los hombres y mujeres del exilio.

Por poner un ejemplo de ese padrinazgo espiritual que cala tan hondo en la personalidad del donostiarra hemos de regresar a los años inmediatamente posteriores a la finalización de la I Guerra Mundial. En 1917, con diecisiete años —después de haber vivido hasta los once en la exaltación religiosa de unos estudios primarios realizados en el Sagrado Corazón—, acaba las enseñanzas medias con notas brillantísimas en el Instituto de Segunda Enseñanza, centro educativo que junto al Ateneo constituía una de las referencias culturales más importantes de la época, emplazamiento de las ciencias y del saber que mantenía, todavía, el halo de su origen ilustrado procedente del Seminario de Vergara.

Al amparo de ese espíritu ilustrado y humanista del Instituto bien podríamos pensar, también, en que se conservaría algún vestigio de tendencia krau-

sista que, entre otras cosas, demandaba la tan necesitada coordinación entre teoría y práctica y la actualización de los saberes tras los períodos políticos conservadores y reaccionarios. Como también, que quedara algún rastro institucionalista si nos percatamos de las personas que profesaban en el Instituto y frecuentaban los distintos lugares de reunión en San Sebastián. En definitiva, bien podríamos suponer que todas estas corrientes espirituales y de pensamiento modelarían un espíritu inquieto, de gran curiosidad por todo tipo de materias y disciplinas, en especial, la Psicología y la Filosofía de la Historia –más en concreto, una filosofía práctica que se pueda aplicar a alguna esfera de la vida humana–, que, como después ocurrió, se preocupara por la conjunción de las ideas dentro del marco empirista de las experiencias posibles. No otras son las meditaciones que se desvelan en sus últimos trabajos acerca del filósofo, psicólogo y pedagogo norteamericano, John Dewey¹⁰.

Un breve balance final de todo lo que hemos contado nos habría de situar a este laico pensador vasco, a quien la vida le trató con pocas delicadezas, en vilo ante las proyecciones de la historia y las concreciones del espíritu en ella.

¹⁰ Reunidos en su última obra *En busca de nuestro tiempo*, de la colección “La cultura del exilio vasco”, nº 10. Prólogo, selección y organización de textos y bibliografía a cargo de Iñaki Adúriz, San Sebastián, ed. J.A. Ascunce, 1992.